EL LUCERO DE BELEM.

Drama sacro, en ocho cuadros y en verso, por D. Manuel Béjar y Selles, *representado con extraordinaria aceptacion en varios teatros de Madrid desde el año de* 1864.

Aprobado por las censuras civil y eclesiástica.

PERSONAJES.

José.. } *No hablan.*
María. }
San Miguel.
San Gabriel.
El Gran Sacerdote.
Luzbel.
Belial.
Ana la Profetisa.
Herodes.
Ismael.
Bato.
Perucho.
Blasillo.
Un levita.
Salomon.
El Pescador.
Melchor.
Gaspar.
Baltasar.
Gileta.
Juana.
Miguela.
Chata.
Carrastrajos.
Tia Espantazorras.
Angeles, Diablos, pastores, guardias, pajes, doncellas, mancebos, etc.

CUADRO PRIMERO.

PRÓLOGO.

Selva en completa oscuridad; una bajada de peñascales en el fondo, con la boca del infierno en la parte baja. Al levantarse el telon, la escena se halla vacía por completo, y se oye el canto lejano de los Angeles, que vá poco á poco aproximándose, pero sin dejarse ver de los espectadores, suponiendo que cantan en las alturas.

Coro.

Del sueño del pecado,
mortales, despertad,
que ya brilla en el cielo
el Iris de la paz.
Los hijos de la culpa,
esclavos de Satan,
quebrando sus cadenas
de Dios hijos serán.

Una voz. Feliz mil veces
mundo abatido,
que has conseguido
tanto favor.
Ya de la gloria
cual sol brillante,
baja triunfante
tu Redentor.

Coro.

Del sueño del pecado, etc.

Otra voz. Recobra tu alegría,
mortal desventurado,
que ya se acerca el dia
de tu felicidad.
De Dios el Verbo Santo
humana forma adquiere,
para enjugar tu llanto
y darte libertad.

Coro.

Del sueño del pecado, etc.

ESCENA PRIMERA.

Luzbel.

Antes de concluirse la estrofa primera, suenan truenos subterráneos, y al principiar la segunda, brota una llamarada de la boca de la gruta que hay en el fondo, y sale Luzbel agitado y temeroso, mirando con recelo á todas partes, y escuchando atónito, hasta su terminacion, el canto de los ángeles. Terminado este, se aproxima al proscenio y dice:

Luz. No me engañé... esa armonía
que resuena en las alturas,
anuncia á las criaturas
un grato, un dichoso dia.
Y promete libertad
á los hijos del pecado...
Estoy cierto... lo he escuchado...
No cabe duda... es verdad.
Sonó acaso aquella hora
tantos siglos esperada,
por la grey esclavizada
que en mis hierros gime y llora?
Me estremezco á mi pesar,
y en el alma latir siento,
un vago presentimiento
que no me atrevo á esplicar.

678190

Yo, que levanté la frente
contra el mismo Criador,
yo, que supe con valor
retar al Omnipotente.
Yo, que un dia conmoví
á la celestial esfera
con la rebelion primera
donde todo lo perdí.
Yo, que del cielo arrojado
del abismo á lo profundo,
supe ganar en el mundo
lo que el cielo me ha quitado...
Yo perderé mi conquista
tras larga dominacion?
Imposible!... Es ilusion... (*el teatro se ilumina de pronto.*)
Mas... que luz hiere mi vista?
Qué misterioso fanal
llena con su luz hermosa,
esta selva tenebrosa?

ESCENA II.

LUZBEL, S. MIGUEL, *apareciendo en lo alto de la bajada.*

MIG. La gracia, sierpe infernal!
LUZ. Miguel! (*aterrado.*)
MIG. Yo soy, enemigo!
LUZ. Que nuevo mal me amenaza?
Qué me anuncia tu venida?
MIG. Lo que tú nunca esperabas.
De parte de aquel que rige
con mano potente y sábia
la inmensidad de los órbes,
que el azul espacio esmaltan,
te anuncio que ya en el mundo
tu infausto dominio acaba.
LUZ. Qué me dices? Es posible?
MIG. Dudarás de las palabras
del Señor Omnipotente,
que ni engañó, ni se engaña?
Tú, de la mentira padre,
has juzgado que eran falsas
las predicciones que hicieron
las bocas autorizadas
de tanto y tanto Profeta
que en Israel, anunciaban
al mundo un libertador
de procedencia elevada?
Pero, los dias corrieron;
ya las setenta semanas
de Daniel, ván á cumplirse,
y á tu pesar, fiera insana,
vás á ver cómo tu cetro
por siempre te se arrebata,
dando el reino de la culpa
su lugar al de la gracia.
LUZ. No es posible, no lo creo...
Miguel, con esas palabras
pretendes atormentarme...
Ya hace tiempo me dejabas
gobernar en paz mi reino,
y disfrutar las ventajas
que en el mundo he conseguido
con astucias y asechanzas.
Vuelve, vuélvete á la gloria,
donde gozas dicha tanta,
y déjame que en la tierra
disfrute lo que me basta,
para consolar la pena
que mi derrota me causa.
Déjame... yo te lo ruego...
Aunque las regiones altas
de la gloria para mí
se encuentran siempre cerradas,
no siento haberlas perdido,
pues la soberbia me iguala
á Dios... Si él alla en los cielos
angélicos coros manda,
yo, aquí, sobre los mortales,
mando y domino sin tasa.
MIG. Mónstruo... no puedes jamás
lanzar de tu infame alma
ese vicio lamentable
que tu perdicion causára.
La soberbia... esa hija espúrea
que con tu aliento engendráras,
ha llegado á ser mayor
que tú mismo; ella te manda;
ella te guia, y por ella
miras, piensas, obras y hablas.
LUZ. Tienes razon; pero ella
en medio de mi desgracia,
es un bien, que me dá aliento
por faltarme la esperanza.
El Señor me ha condenado
á que dél no espere nada,
y por tanto, la soberbia
me presta fuerza sobrada,
ya que no para rogarle,
para verle cara á cara.
MIG. Solo tú, mónstruo orgulloso,
pronuncias tales palabras.
Tú mirarás frente á frente
la faz divina y sagrada,
ante quien el ángel puro
su bella cabeza baja?
Infelice! La soberbia
cuál te alucina y te engaña!
La soberbia, ese pigmeo
que de gigante se jacta,
es la torre de Babel
que al cielo tocar ansiaba,
y que de humilde cimiento,
por mas que quiere, no pasa.
Es, cual columna sin base,
es de Nabuco la estátua,
que aunque tiene la cabeza
de oro, y el cuerpo de plata,
sus pies son de barro débil
y un soplo á rendirla basta.
LUZ. Sin embargo, ya hace siglos
que en el mundo rige y manda;
inspirado yo por ella,
levanté aquellas murallas,
pensiles de Babilonia,
y el mausoleo de Caria.
Hice el Coloso de Rodas,
alcé el templo de Diana,
y otras magníficas obras
que al hombre admiran y espantan.
Poblé el Olimpo de Dioses
que las naciones acatan
y adoran; dándome á mí
incienso y culto en sus aras.
Por la soberbia domino
cuanto en el mundo se guarda,
y en tanto, nadie se acuerda
de tu Dios; solo le alaba

un pueblo, que de contínuo
se olvida de su alianza,
y que abandonando el templo
de Salem, única casa
donde culto se le rinde,
vá, con el gozo en el alma,
á honrar becerros de oro
de Bethel y de Samaria.

MIG. Esplicarse de ese modo
solo puede tu ignorancia.
Juzgué que por tu esperiencia,
sierpe infernal, penetráras
los motivos que el Señor
tiene, para que sin trabas
á tu albedrío dispongas
de la humanidad cegada.
Si permite que en la tierra
te den culto y alabanzas,
en mentidos simulacros
y en ridículas estátuas,
es, para que el mundo un dia,
cuando del pecado salga,
conozca la diferencia
de una religion basada
en el amor, la ternura,
Fe, Caridad y Esperanza,
y ese culto monstruoso
que tanto, Luzbel, te agrada.
Si Dios no tiene en el mundo
mas que de Salem la casa,
misterio es que no comprendes;
un solo templo le basta,
porque es imágen de aquel
que sobre nubes doradas
existe, desde el principio
de su ser, y que se llama
la Jerusalem divina,
de los escogidos pátria.
Y en fin, si el pueblo escogido
á sus juramentos falta,
tambien se arrepiente luego
y á Dios con esto desarma;
que la humildad es virtud
á la soberbia contraria;
virtud que tú no conoces
y asi no consigues nada.

LUZ. Bien, Miguel; si has concluido
tu comision y embajada,
vete, y no mas exasperes
mi odiosa, mi eterna rábia.
Ya que contra Dios no puedo
como quisiera emplearla,
déjame que con los hombres
mi cólera satisfaga.

MIG. Ni ese recurso te queda;
vá á cumplirse la sagrada
promesa que Dios le hizo
al hombre, cuando le echára
del Edem, por su pecado.
El Verbo divino, en alas
del Espíritu celeste,
ya de las alturas baja
á tomar el ser humano
de una Vírgen sacrosanta,
en el seno inmaculado,
pues es forzoso que nazca,
como los hijos de Adan,
el que vá á quitar la mancha
que en toda su descendencia
el primer hombre arrojára.

LUZ. Eso es verdad? Eso es cierto?

MIG. Por acaso lo dudabas?

LUZ. Y despues de tantos siglos
se cumplirá la amenaza?

MIG. A una mujer engañaste.
Una mujer, confiada
en tus inícuas razones,
en tus falaces palabras,
abrió las puertas del mundo
al pecado y la desgracia.
Y en justa compensacion,
otra mujer pura y santa,
predilecta del Eterno,
y concebida sin mancha
del original pecado,
á colocar vá su planta
sobre tu cabeza odiosa,
para hundirla, para hollarla.

LUZ. Oh! qué baldon, qué vergüenza!

MIG. Esa frente, señalada
por la mano del Eterno
que te imprimió horrible marca,
de hoy mas vá á permanecer
confundida y humillada.
Sujeto en tus mismos hierros
como fiera encadenada,
solo cuando Dios lo quiera
podrás emplear tu saña
contra el hombre, que hasta hoy
como tuyo le mandabas,
Humíllate, sierpe indigna;
huye á las negras moradas
del infierno, y contra tí
emplea tu inútil rábia,
interin el mundo alegre
recíbe la deseada
buena nueva, y la grandeza
de Dios bendice entusiasta.

(Toca Miguel con la espada la frente de Luzbel, que cae de rodillas aterrado. El arcángel se retira magestuosamente, volviéndose á oir el coro del principio. Al terminarse, Luzbel se levanta y esclama furioso, amenazando al cielo con los puños.)

CORO.

Del sueño del pecado, etc.

LUZ. Nuevamente soy vencido
por la furia del Eterno;
pero, me asiste el infierno
con su poder desmedido.
El Mesías prometido
parte de hombre ha de tener;
entonces, no hay que temer;
es el hombre cosa mia,
y acaso, acaso algun dia
logre al Redentor vencer.
Colérico, enfurecido
haré al cielo cruda guerra,
y el imperio de la tierra
le tendremos dividido.
Nunca que procedo olvido
de un orígen principal.
Mi soberbia sin igual
hará que triunfe mi audacia,
y acaso el genio del mal
pueda mas que el de la gracia.

CUADRO II.

—

LOS DESPOSORIOS.

Interior del Templo de Jerusalem. El fondo se halla cubierto por una gran cortina, que se descorre á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

El Sumo Sacerdote.

Gloria, Señor, á tu bendito nombre,
y gracias mil á tu bondad divina,
que alguna vez al corazon del hombre
la santa inspiracion mandar se digna.
Esa doncella angelical y pura,
pues que tus altos juicios lo han querido,
su mano vá á entregar y su hermosura
á un varon, aunque pobre, distinguido.
Al servicio del Templo consagrada
desde su tierna edad, nunca ha pensado
salir de esta pacífica morada,
ni renunciar al virginal estado.
Pero, de las humanas criaturas
tú cambias las ideas cual te place;
tu voluntad, Señor de las alturas,
cual la concibes, sin dudar se hace.
No de tus altos juicios procuremos
indagar la razon... Pobres mortales,
de ignorancia colmados, acatemos
humildes tus decretos celestiales.

ESCENA II.

El Sumo Sacerdote, *y* Ana.

Ana. Las órdenes que me dísteis,
todas, Señor, he cumplido.
Las vírgenes me ayudaron
á hacer los preparativos
de la union, aunque sintiendo
el pesar mas escesivo,
por ver que las arrebatan
un objeto tan querido.
Sacer. Tambien lo siento yo, Ana.
El ornato mas lucido
pierde el templo, pero es fuerza
que se cumpla su destino.
Esa vírgen inocente,
de virtud tesoro rico,
mas pura que el aura leve
que agita el rosal y el mirto,
esa doncella, al tomar
estado desconocido,
y en el que nunca pensára,
cumple elevados designios.
Ana. Ya lo comprendo, Señor;
porque siempre me habeis dicho
que era su intento guardar
de este templo en el recinto,
la virginidad perpétua,
segun hubiera ofrecido
á Dios.
Sacer. Y Dios, sin embargo,
su idea ha desvanecido,
porque le conviene al mundo.
Ana. Lo que sí me ha sorprendido
es, que el Señor la prepare
un tan humilde marido,
siendo digna de brillantes
proporciones...
Sacer. No atrevidos
á Dios le pidamos cuenta,
porque no en el arbolillo
se mueve la débil hoja
sin su fundado motivo.
María, por su belleza,
su virtud y sus hechizos,
era digna de ocupar
de un rey el tálamo rico;
mas el pobre carpintero,
á quien Dios ha concedido
el honor de ser su esposo,
cumple tambien su destino.
Ana. Y cómo habeis penetrado
que era José el elegido?
Sacer. Para darte cuenta, Ana,
del milagroso prodigio
que lo declaró, mirar
á lo pasado es preciso.
María, como sabemos,
es hija de otro prodigio,
puesto que Joaquin y Ana
la esperanza habian perdido
por hallarse en avanzada
edad, de verse con hijos.
Cuando Dios les concediera
tal ventura, agradecidos,
y como cosa de Dios,
concibieron el designio
de ofrecer la tierna niña
del Santo templo al servicio.
Presentáronla en efecto,
y nosotros la admitimos
con gran placer, advirtiendo
que era un objeto escogido.
Ana. Teneis razon; aun recuerdo
el dia en que al templo vino.
Santa alegría radiaba
en su rostro peregrino,
y aunque su paso era débil,
cual guiada de un instinto
superior, subió las gradas
henchida de regocijo,
veloz, como la paloma
que busca su amado nido.
Sacer. Su alma, en efecto, buscaba
este plácido retiro
con ansia, á su tierna edad
anticipándose el juicio.
Muy pronto entre las doncellas
del templo la distinguimos,
por su modestia, sus gracias,
su candoroso atractivo.
La eterna sabiduría
tambien adornarla quiso
de los dones de la ciencia,
y con asombro la vimos
de las Santas Escrituras
interpretar el sentido.
Por la cual, los sácerdotes
la otorgamos el permiso
de entrar al Sancta Sanctorum.

ANA. Honor que no han conseguido
las mas ilustres matronas
que en Judea han florecido.
SACER. Porque ninguna derecho
como María ha tenido.
Y estrañarnos no debemos
pise aquel augusto sitio
la que es del Sancta Sanctorum
figura y traslado vivo.
Contestando á la pregunta
primera que has dirigido,
sabrás, que cuando María
hubo los años cumplido
que marcan los estatutos
para salir de este sitio,
me hallé perplejo y dudoso,
ignorando qué partido
tomar, pues esa doncella
que sus padres ha perdido
hace ya tiempo, no tiene
ningun pariente ni amigo,
que la acoja. En tal estado,
en tal apuro y conflicto,
rogué al Señor me alumbrára
y me abriese algun camino.
La luz de la inspiracion
descendió desde el Empíreo,
y con perceptible acento
el Omnipotente espíritu
me habló, anunciando que era
para cumplir el divino
plan, forzoso que María
se uniese en estrecho vínculo
con un varon de la casa
de David. Cuando se hizo
esto público, acudió
de jóvenes infinito
número, por la belleza
de la doncella atraidos.
Eran muchos los llamados,
y uno solo el elegido
ser debia, y por lo tanto
me hallé, cual nunca, indeciso.
Entré en el propiciatorio,
y otra vez celeste auxilio
pedí, y el Señor de nuevo
su voluntad saber hizo.
Ordenóme que en el templo
juntase en un dia fijo
á todos los pretendientes,
y que estando reunidos,
les diese una vara seca,
y aquel que un ramo florido
sobre la suya advirtiese,
ese fuera el escogido.
Por cumplir con el mandato
entre los mancebos vino
José, pobre carpintero,
que aunque en tan humilde oficio
se ejercita, es de la rama
de David, vástago digno.
No la mas leve esperanza
tenia, segun me ha dicho,
de merecer el tesoro
por tantos apetecido.
Mas Dios, que al humilde premia,
tambien premiarle ha querido,
y su modestia hoy recibe
el premio justo y debido.

ESCENA III.

Dichos y un LEVITA.

LEV. Señor, ya los desposados,
en union de sus amigos,
os esperan junto al ara.
SACER. Vamos á dejar cumplidos
los decretos soberanos,
la voluntad del Altísimo.

Mutacion.

La cortina del fondo se descorre. Aparece el Templo con el Altar, el candelero de los siete brazos y la pira del sacrificio encendida. María y José arrodillados junto al Altar. El coro de mancebos al lado de José, y el de las Vírgenes al de María.

ESCENA IV.

EL SUMO SACERDOTE, JOSÉ, MARÍA, ANA *y Coros.*

CORO DE JÓVENES.

Entusiastas celebremos
la dicha de este varon,
que ha logrado hacerse dueño
de la perla de Sion.
Que ningun pesar les turve
en su dulce y grata union,
y que siglos dilatados
disfruten su casto amor.

CORO DE VÍRGENES.

De mirtos y de rosas
corona la ofrezcamos;
su blanca sien cubramos
de cándido cendal.
Ven, ven á nuestros brazos,
Oh! dulce compañera;
y, adios, que ya te espera
el tálamo nupcial.

(*Una vírgen coloca una corona de rosas blancas sobre la cabeza de María, y el sacerdote une las manos de la Vírgen y de José.*)

SACER. José, varon elegido
de Dios por la augusta mano,
el tesoro sobrehumano
te entrego que has merecido.
Hoy no puedes el valor
comprender tan sorprendente
de esta Vírgen inocente
que te presenta el Señor.
Mas, cuando don tan precioso
te llegue á ser conocido,
notarás, José, que has sido
el hombre mas venturoso.
Pues, hasta el último dia
del mundo, segun está
dispuesto, se ensalzará
tu nombre y el de María.
José, en tus manos la entrego;
condúcela á tu mansion,
y goza feliz union
llena de paz y sosiego.

(*Rompe el Sumo Sacerdote, segun el rito hebreo, la varita que tendrá en la mano, entregando un pedazo á cada esposo y los bendice, colocando las manos sobre sus cabezas; el coro entona el himno anterior.*)

CORO.

Entusiastas celebramos, etc.

(*Retíranse José y María, acompañados del coro de mancebos, quedando en la escena el Sumo Sacerdote, Ana y el coro de doncellas.*

SACER. Augusta revelacion
que alumbra mi inteligencia,
me anuncia la consecuencia
de esta venturosa union.
Oh! profetas de Sion,
ya se aproximan los dias
en que vuestras profecías
van á tener cumplimiento.
Ya está cercano el momento
de conocer al Mesías.

CUADRO III.

LA ANUNCIACION.

Entrada ó plaza de un lugar: en el fondo y en la posicion que se juzgue conveniente, una casa que se abre á su tiempo. Acaba de anochecer, y la luna vá mostrándose en el horizonte.

ESCENA PRIMERA.

BATO *y poco despues* GILETA.

BATO. Y que tengo malas ganas
de cenar y de acostarme!
Todo el dia vigilando
sobre esos tunos zagales,
que apenas descuida el amo
un minuto en observarles,
ya han echado en el caldero
los mejores recentales.
Y luego culpan al pobre
lobo, que como llegase
á hablar, contaría cosas
muy buenas de esos pelgares.
Gileta!

GILETA. (*Saliendo de una de las casas del costado.*)
Marido mio!
Cómo has venido tan tarde?

BATO. Qué quieres, mujer? Es fuerza
que uno todo se lo ande;
pues como dice el refran,
el ojo del amo... y me hace
poquísima gracia que otros
mi patrimonio se traguen.

GILETA. Así me gusta, marido,
que seas muy vigilante,
que cuides mucho tu hacienda
y que me juntes caudales
para si me quedo viuda
poder luego acomodarme.

BATO. Qué es lo que dices, mujer?
Conque piensas enterrarme?
No estoy de ese parecer
por ahora; tengo un hambre
canina, que no es por cierto
señal de querer largarme
al otro mundo. En verdad,
Gileta, no hay que quejarse
de tu falta de franqueza.
Merecias te premiase,
dándote con el garrote
algunos pasavolantes.
Espérate... (*Amenazándola.*)

GILETA. Bato mio!
Fué broma...

BATO. Por broma, pase...
Pero, ahora que me acuerdo,
encierra al jumento, y dale
doble racion, porque el pobre
ha trabajado bastante.

GILETA. Cuánto quieres al borrico!
Cualesquiera, al ver tratarle
de tal modo, pensaria
que sois hermanos carnales.

BATO. Si á todos nos hizo Dios,
todos somos semejantes.
A mas, mi borrico tiene
prendas muy recomendables.
Es mas callado que tú,
y ya puedo regañarle,
que no me responderá
tan mal como tú lo haces.
Y ante todo, de cenar,
qué vás Giletilla, á darme?

GILETA. Poca cosa.

BATO. Quiero mucha.

GILETA. Pues... las migas que dejaste
esta mañana.

BATO. Mujer!
Tú quieres asesinarme!
Migas frias!... Pero, dí,
el conejo que pelaste
esta mañana, Gileta,
qué destino piensas darle?

GILETA. Comérmele yo...

BATO. Me alegro.

GILETA. Tengo unos flatos tan grandes,
que el médico me ha mandado
que no coma mas que carne.

BATO. Pues yo, como medio albéitar,
tambien voy á recetarme
un guisado de conejo.
Vamos adentro á probarle;
veremos si le has echado
aquel guisillo que sabes.
Vamos en buena armonía
á cenar.

GILETA. Que no le cates,
que es para mí.

BATO. Giletilla,
conmigo el conejo parte
de buena gana, ó si no
te juro por nuestro padre
Abraham, que esta noche en casa
se arma horrendo zipizape.

GILETA. Y serás capaz de hacerlo,
y de alborotar, vergante,
á los vecinos?

BATO. Ay!... no.
Esa reflexion me hace
tener juicio... no quisiera
por cuanto mi burro vale,
incomodar al vecino
Señor José, que es un ángel,
ni á la señora María,
que es mas guapa y mas amable!...
Qué matrimonio mas bueno!
Envidia causa el mirarles!
Mira, Giletilla, mira...
procuremos imitarles,
y en buen amor y compaña
vamos sepultura á darle

al gazapillo...
GILETA. Si, vamos,
que cuando estás razonable
te quiero mucho...
BATO. Y yo á tí.
GILETA. Pongo la mesa al instante.
Aderezo la ensalada,
y al punto salgo á llamarte.
BATO. Bien, Gileta; no te olvides
del borrico, porque es antes
que nosotros.
GILETA. No... descuida. (*Se entra en la casa*)
BATO. No te olvides de rascarle
las orejas, que es caricia
que la agradece bastante. (*Pausa.*)
Mientras echan al conejo
el aceite y el vinagre,
me sentaré en este poyo
á tomar un poco el aire.
Como ya estamos en Marzo,
vá haciendo un insoportable
calor, y es cosa de gusto
un rato al sereno estarse.
Qué tranquilo se halla el pueblo!
Pero, no debe estrañarse
que al anochecer se acuesten
los que deben levantarse
con la aurora... Mas, no todos
descansan... por esa calle
diviso un bulto, que anda
con paso muy vacilante.
Quién será este aparecido
que se presenta á horas tales,
envuelto en su negra capa,
á manera de estudiante?
Aquí se acerca, sin duda
trae intenciones de hablarme.

ESCENA II.

BATO *y* LUZBEL, *envuelto en un manto negro, que se presenta como preocupado y receloso.*

LUZ. Salud, amigo.
BATO. Y pesetas,
que es lo que mas falta hace.
LUZ. Sois de este pueblo?
BATO. Debeis
tener muy pocos alcances
para hacerme tal pregunta.
En el hecho de mirarme
á la puerta de mi casa,
claro es que soy habitante
de este pueblo, hombre de Dios.
LUZ. (Hombre de Dios me dijiste!
Ah! las sencillas palabras
que sin intencion hablaste,
renuevan le amarga herida,
que hace siglos brota sangre.)
Perdonad, si os he ofendido.
BATO. Ofender? Qué disparate!
Soy de condicion tan mansa,
que á mí no me ofende nadie.
Pero qué buscais, amigo,
por este lugar, tan tarde?
LUZ. Que busco? Lo que deseo,
y lo que temo encontrarme.
BATO. Ah canario! Ya comprendo
el deseo que le trae,
y el temor que esperimenta.
Sin duda este botarate
rondará alguna muchacha;
y teme encontrar al padre,
que en vez de dulces requiebros
un par de palos le ensarte.
LUZ. Vengo de climas lejanos,
tan solo por informarme
la vida que un tal José,
y una tal María, hacen.
Son unos recien casados.
BATO. Y que conozco bastante.
LUZ. Entonces, mejor que otros
podreis los informes darme.
BATO. Mucho que sí; no es posible
pueda en este mundo hallarse
una mujer cual María,
tan hermosa y tan amable;
tan laboriosa y honrada.
Por la mañana y la tarde
se ocupa, ya en las labores
que son propias de su clase,
ya en leer las oraciones
que tiene en un libro grande,
porque lee de corrido...
Ya en cantar unos cantares,
qué dá mas gusto el oirlos,
que si cantáran mil pares
de tórtolas, de jilgueros
ó de palomas torcaces.
Pues... y José?... Vaya, vaya...
Qué buen hombre es el compadre
José! Siempre con la azuela
se le vé, dale que dale;
ya fabricando tarimas,
ya construyendo sitiales,
por sacar cada semana
unos míseros jornales
conque mantener la carga
matrimonial, que no es grande,
pues María se contenta
con las cortas facultades
de José, y aunque son pobres,
aun les queda algun sobrante
para socorrer de otros
urgentes necesidades.
LUZ. (Y unos seres tan humildes
del Mesías serán padres?
Oh!... que nada vea claro,
y que mi mano no rasgue,
para saber la verdad,
ese velo impenetrable,
donde se oculta el misterio
que penetrar quiero en valde!)
BATO. Pues... y el amor que se tienen?
No es posible ponderarle.
Y no creais que se aman
como es de costumbre amarse
los casados... No, señor...
Si yo pudiera esplicarme,
os diria... pero, en fin...
una vida santa hacen,
y no tienen mas objeto
que el uno al otro ayudarse.
GILETA. (*dentro.*) Bato, la mesa está puesta.
BATO. Si no tiene que mandarme
su merced alguna cosa,
voy con su permiso á entrarme,
y si gusta de cenar,
puede... marchar á otra parte. (*Vase.*)

Luz. Que asi abata mi poder
y humille mi dignidad,
en busca de una verdad
que no acierto á comprender!
La profunda ciencia mia,
en la presente ocasion,
no me dá una solucion
tan clara cual yo queria.
Padre de la falsa ciencia,
todo lo sé descubrir;
mas, tocando al porvenir
se ofusca mi inteligencia.
Solo á Dios le corresponde
profundizar lo futuro,
que á mi, con un velo oscuro
para siempre se me esconde.
Llegaré cumplida á ver
la amenaza que Dios quiso
hacerme en el Paraiso
cuando engañé á la mujer?
Contemplaré la certeza
de esa idea que me espanta?
De tierna vírgen la planta
quebrantará mi cabeza?
Y vendrá ese Redentor
para dejar destruído
el imperio que he tenido
sobre el mundo pecador?

ESCENA III.

Luzbel, S. Miguel (*La escena se ilumina con vivísima claridad.*)

Mig. Y tú lo dudas, malvado?
Sabe, aunque pese á tu saña,
que el Señor nunca se engaña,
y que jamás ha engañado.
Cegado por tu rencor
y por tu audacia inaudita,
de la mentira maldita
eres padre y creador.
Y por eso te figuras,
sierpe del profundo averno,
que en la boca del Eterno
pueden caber imposturas.
Mas, para que no te quede
duda alguna, mónstruo fiero,
escucha á ese mensajero
de aquel que todo lo puede.

Transformacion.— La casa del fondo se abre, y aparece la Vírgen arrodillada junto al reclinatorio, y el ángel Gabriel sobre una nube, con un lirio blanco en la mano.

Gab. — Dios te salve, María, Vírgen Santa,
que de la gracia eterna llena eres;
el Señor es contigo, y te levanta
del mundo sobre todas las mujeres.
Para cumplir el alto plan divino,
tu seno virginal inmaculado
vá á recibir el Verbo consagrado,
segun la voluntad de Dios previno.
Jesus se llamará el bendito fruto
de tus entrañas, Vírgen candorosa.
El romperá la esclavitud odiosa
que al mundo cubre de opresion y luto.
Si Eva, por la serpiente seducida,
al mundo hizo caer en el pecado,
será el mundo por Ave esclarecida,
al goce de la gracia levantado.
Y en la futura edad, agradecida
la humana grey, saludará gozosa
con el Ave, á la Vírgen poderosa,
sin mancha y sin pecado concebida.
(*Ciérrase la puerta de la casa del fondo.*)

Mig. Nada debes ya indagar;
el misterio está patente.
La palabra Omnipotente,
Luzbel, no puede faltar.
Vé á tu infierno á deplorar
con rábia la amarga pena,
que tu ruin pecho envenena.
Tu cólera nada alcanza,
que á no tener esperanza
el Eterno te condena.
(*Se abre la tierra sepultando á Luzbel entre llamas. Truenos subterráneos.*)

CUADRO IV.

LA CÓLERA DE LUZBEL.

Gruta infernal.

ESCENA PRIMERA.

Luzbel.

Ya lo ví, ya lo he escuchado.
El Mesías prometido
en una Vírgen ha sido
con un *fiat* engendrado.
El Verbo divino toma
forma sensible, humanal,
en el seno virginal
de esa cándida paloma.
Ay!... á pesar del rencor
que me inspira, y la profeso,
á pesar de eso, confieso
su inocencia y su candor.
Oh!... la cólera me abrasa...
me oprime un dolor profundo;
mi poderío en el mundo
ya se desvanece y pasa.
Del desaliento me dejo
abatir y dominar.
Amigos, venidme á dar
un oportuno consejo.

ESCENA II.

Belial, *saliendo por un escotillon.*

Belial. Luzbel, qué tienes, por qué
te encuentro tan abatido?
Rey de estas negras moradas,
donde acatan tus caprichos
como leyes poderosas
los infernales espíritus;
tú que ejerces en el mundo
indisputable dominio;
tú que por divisa llevas
en tu escudo diamantino
El quién cómo yo?... te abates?
Qué razon hay?... Qué motivo?

Luz. Belial, uno muy grande:
nuestro imperio ha concluido.
Muy pronto la Buena Nueva,
que ha de ser, oh! caro amigo,

bien mala para nosotros,
vá á acabar con el dominio
del error, de la malicia,
de la ignorancia y el vicio,
que en la tierra han dominado
por tanto espacio de siglos.
BEL. Eso es verdad?
LUZ. No lo dudes;
tambien dudarlo he querido,
hasta que mis propios ojos
fatal desengaño han visto.
Una verdad es la oferta
del Mesías prometido.
Los templos que levantaron
los Medos y los Asirios,
los Griegos y los Romanos,
donde ofrecian rendidos
adoraciones é inciensos,
ván á quedarse vacios.
BEL. Oh! me aterras! Nuestro orgullo
se hallaba tan complacido,
al vernos reverenciados
en tantos y tantos ídolos,
que por mucho tiempo á Dios
semejantes nos creimos.
Semejantes!... Dije mal,
superiores hemos sido;
pues ínterin que á él tan solo
le adora el pueblo judío,
todo el mundo reverencia
á los Dioses del Olimpo,
de quienes somos nosotros
imágen, traslado vivo.
LUZ. Dices bien; en el pasado
estábamos complacidos;
mas, lo futuro me espanta;
pues me veré reducido
á la situacion de un perro
rabioso y enfurecido,
que sujeto á la cadena,
lanza impotentes ladridos,
sin poder hincar los dientes
en el odioso enemigo.
BEL. Pero, dime; ese Mesías,
quién es, y con qué designio
viene al mundo?
LUZ. Nada sé,
Belial, de positivo.
Tengo funestas noticias,
mas descubrir no he podido
cuál es su naturaleza,
su condicion ni designios;
pues sabes que no leemos
del porvenir en el libro.
BEL. Es un hombre, ó es un Dios?
LUZ. Ah! segun he comprendido,
encierra en humano cuerpo
el espíritu divino.
BEL. Que conozcamos, Luzbel,
antes de todo, es preciso,
para poder combatirle,
á ese contrario temido.

ESCENA III.

Dichos, el ARCÁNGEL MIGUEL, *que aparece entre una brillante aureola. Los demonios se retiran con espanto á un lado.*

MIG. Quereis conocerle? Oid.
y quedaos confundidos.
Dios, que es la fuente y origen
del amor mas escesivo,
crió séres, en los cuales
deposita su cariño.
Sus primeras criaturas,
nosotros, ángeles fuimos,
y cuando vuestra soberbia
os sepultó en el abismo,
formar á su pura imágen
semejante al hombre quiso.
De la creacion la historia
sabeis muy bien, y la omito.
Cuando Adan, alucinado
por tus engañosos silvos,
faltó al precepto sagrado,
hubiérale destruido;
mas sus iras se templaron
al mirarle arrepentido,
y para renegar
al ser humano, abatido
por la fuerza del pecado,
y hacerle de perdon digno,
ofreció enviar al mundo
por Redentor á su hijo,
ser eterno, coetáneo
al Padre y al Santo Espíritu.
Aceptado en el sagrado
consistorio, el sacrificio,
y dispuesto á trasformarse
en hombre el Verbo divino,
ya no vió en él el Eterno
á su predilecto hijo,
sino á la propiciatoria
víctima, al ser elegido
para tomar sobre sí
las culpas del mundo impío,
y borrar con sangre pura
del hombre el atroz delito.
Desde el momento que nazca
hasta que el postrer suspiro
exhale, no será un Dios,
será un hombre distinguido
sobre todos, mas sujeto,
como todos, al dominio
de la afliccion y la pena,
de la angustia, del martirio,
que á la humanidad asedian
en su funesto camino.
Solo el Redentor hará
muestra de su poderío,
cuando dejando en el mundo
el plan celeste cumplido,
sentado á la diestra mano
de su padre, y circuido
de ángeles, venga á juzgar
á los muertos y á los vivos.
Ya conoceis al Mesías;
teneis, por tanto, permiso
para hacerle cruda guerra;
pues, cuanto mas combatido
por vuestras artes se vea,
su triunfo tendrá mas brillo,
y mayor vuestra vergüenza
será al miraros vencidos. (*se retira.*)
BEL. Ya lo oísteis... Es un hombre
de humana carne vestido.
Su débil naturaleza
nos abre un ancho camino

para, lograr si no un triunfo
seguro y definitivo,
para saciar al menos
nuestro rencor vengativo.
Persigámosle sin tregua;
apenas haya venido
al mundo, hagamos que sufra
hambre, desnudez y frio;
que desde su tierna infancia
se contemple perseguido,
que le colmen de desprecios
los magnates y los ricos,
y pase, en fin, toda cuanta
penalidad y martirio
pasan los débiles hombres,
de humana mujer nacidos.

Luz. Tienes razon, sobre el mundo
aun ejercemos dominio.
Yo haré que los elementos
furiosos y embrabecidos
en contra suya se vuelvan.
Yo, vigilante y activo,
me introduciré en el pecho
de los Reyes y Ministros,
para que de su persona
se declaren enemigos;
yo haré, en fin, cuanto es posible
hacer al ángel altivo;
que si levantó la frente
contra el padre, mas motivo
tiene para levantarla
hoy en contra de su hijo.

Bel. Espíritus infernales
que en el fondo del abismo
guardais el mal, la desgracia,
y todo lo que es nocivo
al hombre, salid gozosos,
preparáos á servirnos.

(*Lluvia de fuego; aparecen varios espíritus infernales, de estrañas formas, agitando antorchas y tridentes, y cantan el siguiente*

Coro.

Sobre la tierra vertamos
el mortífero veneno,
que en el rencoroso seno
nuestra cólera engendró.
Guerra al que humillar pretende
los poderes del infierno.
Guerra á muerte, y odio eterno
al futuro Redentor.

CUADRO V.

EL CENSO.

Sala de una posada, puerta en el fondo, á la derecha una ventana, que se supone dá al campo.

ESCENA PRIMERA.

El Ventero *y* Perucho.

Ven. Aun cuando fuera el meson
doble grande, no se dude,
para la gente que acude
faltaria habitacion.
La cuadra, pajar, granero,
ya todo ocupado está,
y creo se ocupará,
Perucho, hasta el gallinero.

Per. Dá gusto ver la cocina,
ardiendo tan grande hoguera.
Con tanta gente, me espera
una solemne propina.
Cual la presente ocasion
hay muy pocas á fé mia.
Ojalá que cada dia
mandáran hacer padron!

Ven. Yo tambien lo deseára.
Perucho, vé sin demora,
y mira si tu señora
los comestibles prepara.
(De esta hecha me hago rico.)
Díla que si sucediera
acabarse la ternera,
que ponga á asar el borrico.
Porque todo viajero
tal hambre debe traer,
que pollino ha de comer
en vez de vaca y carnero.
Perucho, ruido se siente.
Si serán mas pasajeros?

Per. (*asomándose á la ventana.*)
Si, señor, son caballeros
de á caballo, y buena gente,
si se juzga por la facha.

Ven. Ya principia á oscurecer.
Vete la luz á encender.

Per. Allá voy...

Ven. Corre... despacha. (*Perucho se marcha, y vuelve á salir con un candil encendido, que cuelga de un clavo.*)

ESCENA II.

Dichos, Luzbel, Belial *y tres demonios vestidos de pasajeros y con bastones gruesos en la mano.*

Luz. Vale, amigo.

Ven. Buenas noches.
(Qué señor tan estirado!
Debe de ser extranjero,
pues saluda á lo Romano.)

Luz. Podré pasar esta noche
aqui con estos criados?

Ven. Aunque el meson está lleno,
quedan vacios tres cuartos,
con sus camas bien mullidas,
muy comodos y aseados.
Son para personas nobles,
y aunque cuestan algo caros,
como vos pareceis rico,
os vendrán, que ni pintados.

Luz. Pues bien, para mí los tomo
y desde luego los pago.
Tened, ved si estais contentos. (*Dándole un bolsillo.*)

Ven. Vaya si lo estoy, mi amo.
(Hay aquí doble dinero
de lo que en seis meses gano.)

Luz. Aunque vengan pasajeros
ya no habrá donde albergarlos?

Ven. Segun... si son de los pobres
que pagan dos ó tres cuartos
de habitacion, aun cabrian
en el pajar, unos cuantos.

Luz. Tomo el pajar, pues no quiero
que haya esta noche á mi lado

ninguno aquí. (*dale un bolsillo.*)
VEN. (Este señor
es sin duda hipocondriaco.
Todo lo paga, saquemos
el producto que podamos.)
LUZ. Conque ya no hay sitio?
VEN. Aun
podríamos en el pátio
colocar mas de doscientos
pasajeros, apiñados
como sardinas en cuba.
LUZ. Ya te comprendo, bigardo.
Tú quieres sacar de mí
gran jugo... Bien, si mi encargo
cumples, si cierras las puertas
del meson, á todos cuantos
pidan albergue, tendrás
un exorbitante pago.
Pero... si á faltar llegases,
con un soplo te deshago.
VEN. Bien, señor, no faltaré.
Mas, me atrevo á suplicaros,
que revoqueis esa órden,
por lo que toca á un tal Bato,
que pasa muy á menudo
por aquí, y tiene alquilado
un chiscon para él, y un burro
á quien quiere como hermano.
LUZ. Ya le conozco á ese mozo
y tendré gusto en hablarlo.
VEN. Pues fuera de él, ni una mosca
entra, hoy bajo el tejado
del meson... Quereis cenar?
LUZ. Nosotros nunca cenamos.
VEN. Haceis bien; de esta manera
vivireis ágil y sano.
Que no hubiera siempre aquí
semejantes parroquianos! (*vase.*)
BEL. Luzbel, comprender no puedo
la idea que te ha guiado,
al tomar humana forma
y á este sitio encaminarnos.
LUZ. En lo que vengarme pueda,
de tomar venganza trato.
José y María, cumpliendo
del César con el mandato,
han venido á empadronarse
á Belem... Próxima al parto
se encuentra la Virgen pura
que causa mi eterno espanto,
y á fin que el Mesías nazca
de todo auxilio privado,
quiero que á sus padres sea
hasta el albergue negado.
Y que en esta cruda noche
que con mis artes preparo,
José y María se hallen
solos, en medio del campo,
sufriendo de la intemperie
los funestos resultados.

ESCENA III.

Dichos y BATO.

BATO. En dónde está ese señor,
que segun me han informado,
me conoce?
LUZ. Aquí...
BATO. Pues yo
no recuerdo haberos dado
nunca paja ni cebada.
LUZ. Eres de memoria flaco.
Te acuerdas de aquel sujeto,
que hace, si mal no me engaño,
nueve meses, te pidió
noticias de unos casados?
BATO. Ah!.. si... de José y María!
Conque sois vos?.. Voto al diablo
Vaya una feliz memoria!
Mas, íbais tan arropado,
y á mas, la noche era oscura,
y aunque fuese yo mas sábio
que Salomon, no podia
las facciones recordaros;
y luego, como me entré
á cenar precipitado,
ni siquiera tuve tiempo,
buen señor, de convidaros.
LUZ. Me diste felices nuevas,
y aunque tarde, hacerte trato
alguna fineza...
BATO. Bien...
Con tal que pagueis el gasto
que haga en el meson, me cuento,
señor, por muy bien pagado;
que este viaje, en verdad,
me sabe á cuerno quemado.
Solo para empadronarme
abandono mi trabajo.
Qué falta le hace saber
al César, si tiene cuatro
súbditos, ó cuatro mil?
Ni qué bulto puede Bato
hacer entre las personas
del grande Imperio Romano?
No os parece un disparate
echar un hombre los cuartos
en cena, cama, borrico,
en el meson y otros gastos?
Pero, en fin... estas son cosas
de sujetos elevados.
Las cosas de aquel Longinos,
que inventó el *Ordeno y mando.*
Conque... si quereis pagarme
el servicillo de antaño,
con una cena y un pienso,
quedaremos arreglados.
Eh!.. qué decis, caballero?
LUZ. Estoy, amigo, pensando
ser mas liberal contigo.
BATO. Gracias por el agasajo.

ESCENA IV.

Dichos y el VENTERO. (*llaman dentro.*)

VEN. Perdonad que os incomode;
mas, como solo este cuarto
tiene ventana, y están
á la puerta golpeando,
voy á preguntar quién llama.
(*toma el candil y se asoma á la ventana.*)
Qué quereis?—Está ocupado
todo; no hay donde albergarse.
—Lo siento en estremo, hermano.
—Cómo ha de ser! Llegais tarde.
—Mucho siento el triste estado
de vuestra esposa.—Paciencia.
Yo no puedo remediarlo.

—Sois pobres?.. Peor para vos.
—Pues, si quereis albergaros
de gratis, fuera del pueblo
encontrareis un establo,
que aunque ruinoso, á lo menos
servirá para libraros
de la nieve y de la lluvia
que nos están amagando.
Id en buen hora; venia
por cierto un gran parroquiano.
(*Se retira de la ventana. Todos los versos anteriores se dirán con las interrupciones que marcan los guiones, para suponer que se sigue una conversacion con los personajes de fuera.*)
Luz. Y quién era?
Ven. Un carpintero
de Nazareth, que ha llegado
á Belem á empadronarse
con su esposa... Me ha causado
gran lástima, pues decia
que se hallaban fatigados,
y que la mujer se encuentra
ya muy inmediata al parto.
Por compasion les hubiera
recibido; pero el caso
es que pedian posada
de gratis, y yo no pago
á ese precio el alquiler,
el tributo y otros gastos.
Luz. Hicistes bien; á los pobres
es perder tiempo escucharlos.
Bat. Hiciste mal; las personas,
ventero que has despachado,
son vecinos de mi pueblo,
á quienes respeto y amo.
No quedarán sin posada;
parto corriendo á buscarlos,
y aunque mi borrico y yo
nos quedáramos al raso,
al buen José y á María
quiero cederles mi cuarto.
(*Hace ademan de marcharse y Luzbel le detiene.*)
Luz. No vayas.
Bat. Por qué razon?
Quién lo impide?
Luz. Yo no quiero
que entre ningun pasajero
esta noche en el meson.
Bat. De su ocurrencia me rio.
Habrá capricho mas grande?
Su mercé en su cuarto mande,
porque yo mando en el mio.
A más, á esos desgraciados
los aprecio, y aunque quiera
oponérseme cualquiera,
aquí serán albergados. (*intenta otra vez salir.*)
Luz. Conque, tus amigos son?
Bat. Si señor, los quiero mucho.
Luz. Las espresiones que escucho
aumentan mi indignacion.
Los quieres mucho, en verdad?
Bat. Mucho, vuelvo á repetir.
Luz. Vas el premio á recibir,
Bato, de tu caridad.
Voy á darte los regalos
ofrecidos...
Bat. Está bien.
Luz. A este tuno, que le den (*á sus criados.*)
cuatro docenas de palos.
Bat. Me mandais apalear?
Por qué razon, caballero?
Luz. Por qué?.. Porque yo lo quiero.
Bat. Sois acaso militar?
Luz. A qué esa pregunta rara?
Bat. Porque yo tengo noticia,
que la gente de milicia
no habla mas que con la vara.
Luz. Dejemos las digresiones
y cúmplase la sentencia.
Bat. Ah, señor! Tened clemencia.
Luz. No la hay... firme! sayones.
(*Los diablos sacuden con los bastones á Bato. El procura huir, pero es seguido en todas direcciones.*)
Bat. Todo el cuerpo me lastiman!
Van á hacer un homicidio.
Esto parece un presidio,
segun los palos que arriman.
Luz. Duro!
Bat. No hay quién me socorra?
Tened compasion de mí.
Esta noche ha entrado aquí
la partida de la Porra.
Luz. Basta ya.
Bat. Estoy derrengado!
Ya creo que es suficiente.
Luz. Hazte otra vez de esa gente,
que detesto, el abogado.
Bat. Conque los palos recibo
por tener el corazon
propenso á la compasion?
Bueno es ser caritativo!
Luz. Marchémonos, compañeros,
y hagamos que se levante
cruda tormenta al instante.
Que soplen los cierzos fieros;
que el huracan destructor
salude con ronco acento
esta noche, el nacimiento
del glorioso Redentor.

CUADRO VI.

HERODES.

Salon magnífico del palacio. Arquitectura romana. Jardin en el fondo, que se divisa por entre los arcos, con una fuente en el centro. Sillon régio; á un lado, sobre un escaño cubierto con un paño de púrpura, estará una bandeja de plata con el cetro y la corona. A los lados del sillon varios almohadones de terciopelo con flecos y borlas de oro.

ESCENA I.

Herodes *aparece sentado con ademan pensativo; pasado un breve rato se levanta y dá algunos pasos lentos, como dominado por una interna afliccion.*

En vano de mis tétricas ideas,
en vano un punto distraerme quiero;
cada dia que pasa, se acrecienta
el pesar que me agita hace ya tiempo.
Anhelaba el poder, y al conseguirle,
el poder no me dá sino tormentos,
que el trono para mí se ha convertido
de punzantes espinas en un lecho.
Rey de farsa y mentira, me sonroja
esta corona que prestada llevo;
que en vez de signo de poder y mando
es signo de ignominia, de desprecio.

Odiado de la reina y de mis hijos,
si del martirio de mi casa huyendo
y distraccion buscando á mis pesares,
en público á salir tal vez me atrevo,
solo insultos dó quier, solo baldones
escucho de ese vil, cobarde pueblo,
que olvidando su honor y hasta su nombre,
besa el yugo cruel del extranjero.
Honor al César! dicen al mirarme.
Honor á Augusto! gritan los hebreos
ante mí, que de cólera cegado,
haria con placer un escarmiento. (*Pausa.*)
Mas, qué razon me asiste, ni qué leyes?
Quién me ha elevado sobre el trono régio?
Por ventura el Pontífice me ungiera
bajo las santas bobedas del templo?
El Sanhedrin acaso me ha elegido,
ni el voto popular me ha dado el cetro?
Si no soy mas que un Rey advenedizo,
razon acaso de quejarme tengo? (*Pausa.*)
Sufre y disfruta tu poder precario,
sufre, monarca por la fuerza impuesto.
Sufre, hasta el dia que al Señor del mundo,
al grande César del Romano Imperio
le convenga arrojarte de este sitio,
y te mande un Tribuno ó un prefecto
que te diga: — «Desciende de tu sólio,
porque ya le ocupastes harto tiempo.

ESCENA II.

HERODES, ISMAEL.

HER. Qué nuevas traes?
ISM. Gran Rey, solo anunciarte
que al palacio han llegado hace un momento,
unos magnates que de Oriente vienen
y desean hablarte?
HER. Con qué objeto?
ISM. Lo ignoro.
HER. Son personas de alto rango?
ISM. Juzgo que sí; con aparato régio
de criados y guardias se presentan,
y en sus turbantes la diadema veo.
Son sin duda ninguna potentados
de esos ricos países que el imperio
oriental constituyen...
HER. Y qué esperan?
ISM. Tu permiso.
HER. Que pasen; y te ordeno,
puesto que son monarcas, que les hagan
ostentoso y debido acatamiento. (*Ismael se retira.*)
Esta visita inesperada, acaso
me dará distraccion, y de mis negros
pesares, tal vez algun instante
la amargura templar. Ea, juguemos
á los Reyes, que es grata una corona,
aun cuando sea de apariencia y juego.
(*Se pone la corona, toma el cetro y se sienta en el sillon.*)
al fin soy un monarca... nuestro orgullo
con vanas ceremonias contentemos.

ESCENA III.

HERODES, ISMAEL, GASPAR, MELCHOR *y* BALTASAR, *que se presentan al son de una marcha triunfal, escoltados por los guardias de Herodes, que se colocan á los lados del Trono. El Rey y los Magos se saludan respetuosamente.*

BALT. Rey de Judea poderoso,
guárdete Dios, cual deseo,
muchos años, y conceda
prosperidades sin cuento
á tu dichoso reinado.
HER. (Parece su cumplimiento
un sarcasmo, pero habla
asi, porque de mi pecho
la agonía no conoce,
ni penetra los tormentos.)
Reyes, pues lo sois sin duda,
por las señales que veo,
que seais muy bien venidos
al emporio de mi reino.
En prueba de amistad fiel
tomad á mi lado asiento,
y decidme, si gustais,
de vuestra marcha el objeto.
BALT. Al entrar en los dominios
de un soberano extranjero,
que como amigo, aliado
considerarle debemos,
que era obligacion juzgamos
mostrarle nuestros respetos,
y noticias importantes
indagar al mismo tiempo.
HER. Preguntadme, que con gusto
os satisfaré, si puedo.
BALT. Nosotros, somos, gran Rey,
del pais de los Caldeos;
y de la ilustre Academia
que fundó en aquel imperio
el ilustre Zoroastres,
los presentes somos miembros.
Estudiando de contínuo
el acorde movimiento
de los ástros, y los grandes
prodigios que el firmamento
nos presenta, hemos llegado
á predecir los sucesos,
por cuya razon, el vulgo
nos llama sin fundamento
Magos, porque nuestra ciencia
es para todos misterio.
En antiquísimos libros
que en la Academia tenemos,
existe una profecía
anunciando el gran suceso
de la venida de un Rey,
dotado de tan supremo
poder, que á sus pies vería
rendidos todos los pueblos,
sin que sufra alteracion
ni menoscabo su imperio
por los siglos de los siglos.
De este Rey, el nacimiento
lo anunciaría una estrella
singular, un ástro nuevo,
que con brillo desusado
alumbraria en el cielo.
Como los Magos seguimos
la Ley del Dios verdadero,
conocimos que de Dios
procedia aquel portento,
y con digna emulacion
quisimos ser los primeros
que al dicho Rey le ofrecieran
las muestras de su respeto.
Para observar si la estrella
se mostraba, dispusieron
nuestros mayores velasen

de noche, tres compañeros.
Que en nuestra edad acontezca
tan portentoso suceso
permite el Señor; la estrella
hirió con claros reflejos
nuestra vista, ha pocas noches,
y que convenia, viendo
su forma, con la descrita
en los libros que tenemos,
y notando que aparece
precisamente en el tiempo
que anunciaron las Sibilas
y los Profetas hebreos,
vimos que la profecía
se cumplia, y que era cierto
se acercan los gratos dias
en que ocurra el nacimiento
del que la paz y ventura
vá á traer al Universo.

HER. (Tales noticias me alarman;
nada sabia yo de esto.)
Oh! proseguid; me interesa
lo que decís, en estremo.

BALT. De impulso interior guiados
y duda ya no teniendo,
emprendimos nuestra marcha,
ricos presentes trayendo;
pues los sábios de la tierra
deben de ser los primeros
que admiren y reverencien
todo lo grande y supremo.
En camino nos pusimos,
y el misterioso lucero,
siempre marchando delante,
nos fué de guia sirviendo.
En Jerusalem entrando,
ya no volvimos á verlo,
por lo cual nos figuramos
haber llegado ya al término
del viaje, y por lo tanto,
que nos dés estimaremos
noticias, dónde se halla
el Rey, á quien pretendemos
adorar, y así cumplida
nuestra mision dejaremos.

HER. Las noticias que me dais
me dejan muy sorprendido!
Yo no sé donde ha nacido
el monarca que buscais.
Por mi parte, me alegrára
descubrir en qué paraje
existe, pues mi homenaje,
cual vosotros, le prestára.
Sin duda alguna el Señor,
por lo que decis, infiero,
que de adorarle primero
os reserva el alto honor.
Por tanto, desearia
que en mi reino le busqueis,
y que asi que lo encontreis,
pongais en noticia mia
el punto y habitacion
donde se le puede ver,
pues ya estoy ansiando hacer
la debida sumision.

BALT. Tu deseo cumpliremos.

HER. Si auxilio necesitais,
pedidme cuanto querais.

BALT. Mucho te lo agradecemos.

HER. Espero con ansiedad.

BALT. Juzgamos no volver tarde.
Quédate en paz!

HER. Dios os guarde,
y mi encargo no olvidad.

(Los tres reyes se retiran con Ismael y el acompañamiento. Herodes se levanta del sillon con las mayores muestras de indignacion é ira y esclama:

HER. Ya no hay que dudarlo; es él.
Es el monarca feliz
de la casa de David,
que mandará en Israel.
Es ese Rey anunciado
por Daniel, por Isaías:
es el glorioso Mesías
tantos siglos esperado.
Con tal noticia se aumenta
la amarga inquietud que paso,
porque ese Rey, vendrá acaso
mañana á pedirme cuenta.
Y yo, que usurpado llevo
el áureo cetro en mi mano,
que viva ese soberano,
que reine dejarle debo?
Mientras yo exista, no habrá
otro Rey de raza hebrea,
y el trono de la Judea
al par mio se hundirá.
Oh! Yo haré por descubrirte,
Mesías, y al encontrarte,
el verdugo, de mi parte
irá homenaje á rendirte.

CUADRO VII.

LOS PASTORES.

Pais nevado, con varios árboles; una cabaña á un lado y cerca de ella una hoguera. Va anocheciendo poco á poco.

ESCENA PRIMERA.

BATO *y* SALOMON.

SAL. Con que, segun lo que dices,
para algunos dias, Bato,
te tenemos por aquí?

BATO. Si, amigo, he determinado
trasladarme por recreo
de la poblacion al campo.

SAL. No comprendo la razon
que puede haberte guiado.

BATO. Son caprichos de hombre rico;
otros salen en verano
á la campiña, y yo quiero
venirme cuando está helando.

SAL. Notable capricho!

BATO. Si.
Los ricos, los hacendados,
hacen en todo una vida
muy diversa de los payos.

SAL. Pues, permíteme te diga
que tienes un gusto estraño.
Pudiendo estar en tu casa
bien cómodo y abrigado,
venir á sufrir del cierzo
las caricias, no lo alcanzo.

BATO. Por cierto no sopla mal.
Calla... pues ya está nevando
otra vez.

SAL. Crudo el invierno

se presenta, amigo Bato;
no se ha conocido igual
hace ya bastantes años.
BATO. Y gracias que la cabaña
la hemos tal cual arreglado,
y tenemos abundancia
de leña, pan y tasajo.
SAL. Y tu mujer?
BATO. Luego viene
con el Tio Carrastrajos,
y la Juana y la Miguela,
y la Chata, y el muchacho
de la tia Espantazorras,
que nos sirve de criado.
SAL. Conque á toda la familia
te traes?
BAT. A toda la traigo.
SAL. Pues, te mudas?
BAT. Asi, asi...
No lo sé... segun veamos.
Echa un madero á la lumbre.
SAL. A tí te ha pasado algo.
No me cabe en la cabeza
que todos vengais al campo
sin motivo.
BATO. Con razon,
Salomon, te llaman sábio.
Qué hombre!... todo lo penetra,
todo lo atina al contado!
Lástima que no siguieras
la carrera de escribano,
porque asi darias fé
de cosas que no han pasado,
sin temor de equivocarte,
como les sucede á tantos.
Salomon, me ha acontecido
ayer un suceso estraño.
A Belem fuí á empadronarme,
y en el meson donde paro,
tuve un disgusto tremendo.
SALOM. Un disgusto!.. Con el amo?
BATO. No... con cierto pasajero
á quien se lleven los diablos.
Con un hombre de mal gesto
y de rostro avinagrado,
á quien solo ví dos veces,
y que si le veo cuatro,
de seguro no me queda
en el cuerpo un hueso sano.
SALOM. Pues, qué te hizo?
BATO. Poca cosa.
Van con él unos bigardos,
que apenas el señor mira
ya están sacudiendo palos.
SALOM. Pues qué, te dieron algunos?
BATO. Salomon, me dieron tantos,
que no sé cómo mis lomos
han podido soportarlos.
SALOM. Pues tú, qué hiciste?
BATO. Yo, nada.
Solo por haber tomado
la defensa de María
y José, que iban buscando
un albergue, sin poder
en parte alguna encontrarlo.
SALOM. Y qué clase de hombre es ese?
BATO. Debe ser, si no me engaño,
fabricante de pajuelas,
porque vá á azufre apestando.
El hombre me tiene tirria;
guerra á muerte me ha jurado,
y temiendo me persiga
hasta en mi casa, he tratado
de venirme á la majada;
aquí no hay temor, si acaso
me viene á buscar, le echo
los mastines del ganado.
SALOM. Ola! aquí viene tu gente.

ESCENA II.

Dichos, GILETA, *la* CHATA, JUANA, MIGUELA, TIO CARRASTRAJOS, TIA ESPANTAZORRAS, *y luego* BLASILLO. *Todos ellos vendrán cargados con diversos utensilios.*

GILETA. Qué frio!
BATO. Pues calentaros,
que hay buena lumbre. Traeis
cada una su chisme?
GILETA. Bato,
por qué me sacas de casa
con este tiempo tan malo?
BATO. Te saqué, querida mia,
porque aun no se ha inventado
una sociedad de crédito
que asegure de los palos
las costillas.
GILETA. Me encontraba
tan bien en casa, tostando
castañas!
BATO. Tambien aquí
puedes tostarlas.
GILETA. Roncando
entre mantas...
BATO. Por las mantas,
no hay, Gileta, que quejaros.
Mira la que está cayendo.
Mira la que cubre el campo,
que por lo blanca y hermosa
parece algodon cardado.
Anda, y envuélvete en ella.
GILETA. Qué gracioso está el mamanzos!
Vaya, chicas, descansad,
y soltemos estos trastos.
JUANA. Aquí está el perol.
MIG. Aquí
la sarten.
CHATA. Pues aquí el cazo.
CARRAS. Aquí el costal de la harina.
GILETA. Aquí de la miel el tarro.
ESPANT. Pues, yo traigo la zambomba
prevenida, por si acaso
quiere bailar las folias
conmigo el buen Carrastrajos.
CARRAS. Gracias, tía Espantazorras,
la doy por el agajaso.
Gracias, pero no me peino
para usted, aunque soy calvo.
ESPANT. Vaya un agradecimiento!
Atrevido, deslenguado!
No me hablarias asi
si tuviera veinte años.
CARRAS. Pues qué.... no los tiene usted
en cá pata, y caá brazo?
ESPANT. Cuanto vá que si me tiro
á él, los ojos le arranco?
Aunque vieja, todavía
tengo mi alma en mi armario.
CARRAS. Alma que estará mas dura

que hecha de cal y de canto.
BATO. Ande la paz por el corro
y no regañar, muchachos.
Pues, para espantar el frio,
Gila, unas puches hagamos.
Y, mientras cuecen... quién trae
la bota?
CARRAS. Yo... aquí la traigo. (*Sacándola.*)
BATO. Dámela, y la haré un cariño. (*Bebe.*)
Ay!... la vida que pasamos
es tan penosa y amarga,
que solo se pasa á tragos.
GILETA. Y hasta la hora de cenar
el tiempo cómo pasamos?
CHATA. Refiriendo cuentos.
JUANA. Si.
Que nos cuente Carrastrajos
una historia.
CARRAS. Ay!... Hijas mias...
todas se me han olvidado.
CHATA. Qué lástima! Sabia tantas!
CARRAS. Como me he quedado calvo,
he perdido la memoria.
BATO. Gileta, dí... y el muchacho?
Donde está, que no le veo?
GILETA. Ahí detras viene cargado
con un costal de mendrugos
para cebar á los pabos.
SALOM. Si historias quereis saber,
amigos, podré contaros
una historia verdadera.
BATO. Mucho que nos alegramos.
SAL. Ya sabeis que á la lectura
siempre he sido aficionado.
BATO. Lo sabemos, y por eso,
Salomon, te llaman sábio.
SALOM. Pues bien, en antiguos libros
los profetas anunciaron,
que al mundo vendria un hombre,
el Mesías titulado,
de tan inmenso poder
investido y adornado,
que del Universo todo
quedarian sujetados
á su voluntad los pueblos.
BATO. Mi abuela contaba algo
de eso.
SAL. El profeta Daniel,
por el Señor inspirado,
cuando Ciro libertó
al hebreo esclavizado
en Babilonia, fijó
de un modo preciso y claro
la época en que nacería
el Mesías esperado.
Yo, los tiempos he medido,
las fechas he calculado,
y ya están para cumplirse
setenta semanas de años.
En nacer no tardará
el Mesías, por lo tanto.
BATO. Ay!.. qué gozo! Pues ya estoy
con mil veras deseando
que venga. Dime, es verdad
lo que algunos me han contado?
Es verdad que va el Mesías
dicha tan completa á darnos,
que los hombres viviremos
sin pensar en el trabajo?
Que todos seremos ricos
y andaremos bien portados?
Que los rios traerán vino,
leche y miel; que los collados
serán de turron de frutas...
Que viviremos tumbados,
y en la boca nos caerán
los palominos asados?
SAL. Necio! No digas simplezas.
Algunos, considerando
al Mesías, como un Rey
completamente mundano,
juzgan que honores, riqueza,
pompa, ostentacion y fausto,
repartirá generoso
á todos sus partidarios.
Pero, se equivocan mucho.
Aunque al mundo desgraciado
promete futura dicha
el Redentor soberano,
esta dicha no es mundana,
pues su dicha está en lo alto,
y los que á su vez le sigan
por los senderos amargos
de la vida, á disfrutar
su reino son los llamados.
BATO. Despues de la muerte, eh!
Si me lo fias tan largo...
Pues, Salomon, como yo
hay muchos equivocados.
Creíamos otra cosa
del Mesías...
SAL. Mentecato!
Los ambiciosos del mundo
á sus gustos apegados,
segun su deseo, asi
un Mesías se han forjado.

ESCENA III.

Dichos y BLASILLO *que viene muy asustado y deja caer al suelo el costal que trae al hombro.*

Gileta... Aquí está Blasillo.
BLA. Ay! ay!
BATO. Qué tienes?
BLA. Vengo asustado
Venia por el camino,
ya cayendo y tropezando,
porque estaba mas oscuro
que boca de horno apagado,
cuando de repente alumbra
una luz, miro á lo alto,
y descubro por el aire...
BATO. Qué descubrístes?
BLA. Un pájaro,
mas grande que una cigüeña,
que tenia pies, y manos,
y ojos, y pelo... y narices...
GIL. Calla, bruto, tú has soñado.
BLA. Sí... soñára... miradle allí...
TODOS. Dónde?
BLA. Detrás de aquel árbol.
GIL. Tiene razon.
BATO. Qué sorpresa!
GILETA. Yo no sé qué hacer de espanto!
JUANA. Pues á mí no me da miedo,
que es un chiquillo muy guapo.
SAL. Es un ángel del Señor,
adorémosle postrados...

ESCENA IV.

Dichos y el ángel Gabriel, *que aparece entre los árboles, cercado de una aureola brillante. Todos caen de rodillas asombrados.*

Gab. Pastores, no mi presencia
os cause temor ni espanto.
El Señor, que estima tanto
la virtud y la inocencia,
me envia para anunciar
que en un establo ha nacido
el Mesías prometido,
á quien debeis adorar.
El que viene á ser pastor
de la pobre grey humana,
no busca la pompa vana
ni el mundanal esplendor;
y antes que de los señores
del torpe mundo altanero,
quiere el saludo primero
recibir de los pastores. (*desaparece.*)

Sal. Su presencia no os asombre.
Vamos del ángel en pos,
á ver al hijo del hombre,
que al par es hijo de Dios.
Ya la palabra divina
se cumple; ya el desgraciado
mundo se halla libertado
de la culpa y de la ruina.
Ya los venturosos dias
de la paz ván á lucir.
Vamos todos á rendir
adoracion al Mesías.

Bato. Pues, suenen las castañuelas
en señal de regocijo.
De Dios, saludad al hijo
con alegres pastorelas,

Coro.

De júbilo henchidos
vamos á adorar,
al verbo divino
de Dios inmortal.
Cantos de alegría
suenen sin cesar,
que el niño ha venido
la dicha á labrar.
Un mísero establo
y un pobre portal,
son cuna y palacio
del Dios inmortal.
De júbilo henchidos
vamos á adorar
al verbo Divino
pastor celestial.

CUADRO VIII.

EL PORTAL DE BELEM.

Pais montañoso con un establo, en cuyo centro aparece José, la Vírgen y el niño.

ESCENA PRIMERA.

Salomon, Bato, Gileta, Juana, *la* Chata, Carrastrajos, Miguela, Blasillo, *tia* Espantazoras, *que alternativamente ván á adorar al niño, postrandose de rodillas.*

Coro de ángeles dentro.

Venid, almas puras
venid y cantad,
gloria en las alturas,
y en la tierra paz.

Una voz.

Angeles y hombres
junten hoy su voz,
y el triunfo celebren
del Hijo de Dios.
Mundo desgraciado,
mundo pecador,
de la antigua culpa
recibe el perdon.

Coro.

Venid almas puras, etc.

Sal. Si alguna duda podia
nuestros pechos abrigar,
esta celeste armonía
la viniera á disipar.
El hombre mas distinguido,
aunque nazca entre tesoros,
nunca saludado ha sido
por los angélicos coros.
Humillemos la cabeza
á la augusta Magestad,
que asombra tanta humildad
unida á tanta grandeza.
Bendito seais, Dios mio,
que humana forma tomais,
porque labrar deseais
la dicha del mundo impío.
Entre pajas has querido
nacer, pudiendo entre nubes,
y cercado de querubes
á la tierra haber venido.
Rey, que por amor del hombre,
renunciando tu poder,
vienes hoy á padecer...
Bendito sea tu nombre!!

Bato. Que magnífico sermon!
Se conoce que ha aprendido
en los libros que ha leido
muchas cosas Salomon.
Que el cielo no me conceda
el hablar con tanto aliño!
En fin, saludar al niño,
cada cual, conforme pueda.

Gil. Niño gracioso y bendito,
á quien adoro y respeto,
os doy en muestra de afecto
este blanco corderito.
La figura de él sois vos,
pues tengo seguro indicio,
que sois cordero de Dios
destinado al sacrificio.

Bato. Chica, dónde has aprendido
tanto, en menos de una hora?
No hay que dudarlo... en dotora,
mi mujer se ha convertido.

Carrast. Carrastrajos no es muy rico.
pero, desnudito estais,
y os suplico que os pongais,
gran señor, este pellico.

Juan. Pues yo este tarro de miel
es solo lo que poseo.
Recibidle, porque veo
que algo os semejais á él.
Cuando al mundo prediqueis
vuestra ley divina y pura,

palabras de mas dulzura
que la miel, pronunciareis.
MIG. Pues yo os ofrezco humillada
mi ofrenda, aunque pobre y corta,
y se reduce, á una torta
de flor de harina amasada.
Tal vez no os la ofreceria,
mas, alto misterio encierra;
en un pan sobre la tierra
fundareis la Eucaristía.
BATO. Qué bien hablan... apretad...
Cada cual chille mas fuerte,
y el establo se convierte
en una Universidad.
BLA. Pues, yo me ofrezco á serviros,
y cuando la madre esté
ocupada, os cantaré
hasta que logre dormiros.
ESPANT. Aunque pobre y viejecilla,
y con miserable ajuar;
os prometo regalar.
un puchero de papilla.
BATO. Ahora, pues, le toca á Bato.
Poco os ofrezco á fé mia.
A la feria el otro dia
fuí, y me compré este silbato,
No me hace falta maldita,
con que asi, niño, tomadle;
de vez en cuando tocadle,
y vereis que bien que pita.
Si llegais á ser Pastor,
como juzgo lo sereis,
en tocándole, tendreis
el rebaño al rededor.
Pues, como dice un autor
que todavía no existe,
ningun alma se resiste
al silvo del buen pastor.
GIL. Apartaos, Carrastrajos.
CARRAST. Cómo que me aparte?
GIL. Si,
que se acercan hácia aquí
unos señores muy majos.

ESCENA II.

Dichos y los tres Reyes, que se presentan con el posible aparato de cabalgaduras, criados, etc. Segun las dimensiones del teatro, aparecerán todos juntos ó separadamente, é irán unos tras otros á presentar su ofrenda. La Vírgen toma al niño en sus brazos, para recibir la adoracion de los Magos.

BAL. De santo gozo el corazon henchido
y humillando en el polvo mi cabeza,
ofrézcote el tributo merecido
á tu inmenso poder y á tu grandeza.
Ya por hijo de Dios reconocido
rindo á tu divinal naturaleza,
incienso, que merece solamente
el Dios de Sabaoth omnipotente.
MEL. Rey poderoso que de la alta esfera
desciendes de la tierra al hemisferio,
un monarca del mundo te venera
y reconoce tu inmortal imperio.
El oro puro que de Ofir viniera,
ofrézcote, Señor, no sin misterio,
Que al alto Dios, y al Rey esclarecido,
el tributo del oro le es debido.
GAS. Yo, cual hombre á morir predestinado
por la salud del mundo delincuente,
os saludo, y ofrezco prosternado
funesto don en cáliz refulgente.
El destino, Señor, que has aceptado,
conozco y profundizo claramente.
Mirra te doy, que el hombre temerario
mirra te hará beber sobre el Calvario.

Terminada la adoracion, los Magos y sus criados se colocan al lado opuesto del en que están los pastores, á fin de poder retirarse sin confusion cuando se verifica la trasformacion de gloria. El ángel Gabriel ó Miguel, á juicio del director de escena, se adelanta y dice:

GAB. Despierta, mundo abatido,
de tu letargo fatal.
La promesa celestial
ya cumplimiento ha tenido.
De Dios el Verbo sagrado,
el Mesías prometido,
en un establo ha nacido,
de humano auxilio privado.
Aunque en régio alcázar pudo
y entre magnates nacer,
mejor se ha querido ver
sobre pajas y desnudo.
Y no es estraño en verdad
que se porte de tal modo,
porque anhela, sobre todo,
de los hombres la igualdad.
Ya cesó la esclavitud
que oprimiera cuerpo y alma.
Mortales, en dulce calma
trasformad vuestra inquietud.
De la buena nueva en pos
marchad unidas las manos.
ya no hay siervos ni tiranos;
ya no hay mas, que hijos de Dios.
Francas teneis, criaturas,
las moradas celestiales;
regocijáos, mortales,
celebrad tantas venturas.
Llevad vuestro alegre canto
del mundo hasta los confines,
y á Dios con los serafines
decid, Santo! Santo! Santo!

Todos se retiran á la señal de la prevencion, quedando en la escena el ángel, José y María. Trasformacion de gloria. Vuelve á oirse el coro del principio y baja lentamente el telon.

CORO.

Venid, almas puras,
venid y cantad,
gloria en las alturas
y en la tierra paz.

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorize. Madrid 30 de noviembre de 1864.=El censor de Teatros.=ANTONIO FERRER DEL RIO.

Vicaría eclesiástica de Madrid y su partido=No hallándose inconveniente alguno en la representacion escénica de la obra que con el título de EL LUCERO DE BELEM ha presentado V. en este Tribunal de mi cargo, segun la censura en ella recaida, he acordado en providencia de este dia, autorizar á V., como lo ejecuto, á fin de que desde luego pueda ser representada dicha composicion poética en el teatro de esa Sociedad. Lo que comunico á V. para su conocimiento y efectos oportunos. Dios guarde á V. muchos años. Madrid y diciembre 7 de 1864.—JOSÉ DE LORENZO.—*Es copia.*

MADRID: Imprenta de G. Alhambra, S. Bernardo 73,—1868.